

VII.

CÓMO ENTRÉ EN EL SERVICIO DE LA REPÚBLICA
DE RIO GRANDE.

Al cabo de veinte días de mi salida de Génova, llegué á Marsella sin accidente.

Me equivoqué, — me sucedió un accidente; súpelo leyendo el *Pueblo soberano*, donde ví que había sido condenado á muerte.

Era la primera vez que tuve el honor de ver mi nombre impreso en un periódico.

Como desde entonces era peligroso conservarlo, lo cambié por el de Pane.

Estuve algunos meses sin ocupación en Marsella, usando de la hospitalidad que me daba uno de mis amigos, llamado José Paris.

En fin, conseguí emplearme en calidad de segundo á bordo de *la Union*, bajo la dirección del capitán Gaza.

El domingo siguiente, hallándome á eso de las cinco de la tarde en la ventana de la proa con el capitán, seguí con la vista á un colegial, que saltando

de una barca á otra para divertirse, se le resbaló un pié y cayó en el mar dando un grito.

Yo me hallaba vestido de uniforme; pero á la vista del accidente, á los gritos del muchacho que desaparecía, sin quitarme siquiera las botas, me eché al mar. Dos veces me zambullí en vano; á la tercera, tuve la suerte de coger mi colegial por el brazo y lo levanté á la superficie del agua.

En esta disposición, ya no tuve trabajo en empujarlo hasta tierra; — un inmenso gentío se había reunido al ver la desgracia, y me acogió con aplausos y bravos.

Era un jóven de catorce años, llamado José Rambaud. Las lágrimas de alegría y las bendiciones de su madre me pagaron largamente el baño que tomé.

Como le salvé la vida bajo el nombre de José Pane, es muy probable que si vive, no haya sabido nunca el verdadero nombre de su segundo padre.

Hice mi tercer viaje á Odesa, á bordo de *la Union*; á mi regreso, me embarqué en una fragata del bey de Túnez: la dejé en el puerto del canal, y volví en un buque turco. A mi llegada hallé Marsella, poco mas ó menos en el mismo estado en que la vió M. de Belzunce en la época de la fiebre amarilla.

El cólera se hallaba entonces en su apogeo.

Todo el mundo, excepto los médicos y las hermanas de caridad, había huido de Marsella y refugiándose en las quintas y casas de campo; — la ciudad representaba el aspecto de un vasto cementerio.

Los médicos pedían *benévolos*, tal era el nombre que daban en el hospital á los enfermeros de buena voluntad.

Yo me ofrecí con un triestino, que volvía de Túnez conmigo. Nos constituimos en el hospital alterando en las veladas.

Este servicio duró quince días.

Al cabo de estos quince días, como el cólera disminuía de intensidad y yo hallé una colocación, me embarqué en calidad de segundo á bordo del bergantín *el Nautonnier*, de Nantes, cuyo capitán, Beauregard, partía para Rio Janeiro.

Muchos de mis amigos me han dicho que ante todo era yo un poeta.

Si para ser poeta es necesario hacer la *Iliada*, la *divina Comedia*, las *Meditaciones* de Lamartine ó las *Orientales* de Víctor Hugo, entonces no soy poeta; pero si ser poeta es pasar muchas noches en el mar meditando dentro de las aguas azuladas y profundas los misterios de las vegetaciones submarinas; si ser poeta es estar en éxtasis en las bahías de

Rio Janeiro, de Nápoles ó de Constantinopla; si ser, en fin, poeta es soñar en la ternura filial ó en las escenas de mi amor juvenil, en medio de las balas y bombas, sin pensar que vuestro sueño puede acabar por un balazo en la cabeza ó en un brazo, en tal caso sí, soy poeta.

Me acuerdo que cierto día de la última guerra, rendido de cansancio sin dormir durante tres noches consecutivas, sin apearme casi del caballo y yendo dos días costeando á Urbano y sus doce mil hombres, con mis cuarenta bersagleris, cuarenta caballos y mil hombres bien ó mal armados, al entrar por un estrecho sendero del otro lado del monte Orfano, en compañía del coronel Turr y cinco ó seis hombres, me paré de repente olvidando cansancio y peligros para escuchar el canto de un ruiseñor. La noche, iluminada por la luna, era espléndida y apacible; el pájaro echaba al viento su rosario de notas armoniosas, y al contemplarlo, me parecía que escuchaba á ese pequeño amigo de mis jóvenes años, cuando sentía llover sobre mí un rocío dulce y regenerador. Los que me rodeaban creyeron que yo vacilaba sobre el camino que debíamos seguir, ó que oía á lo lejos el ruido del cañon ó los pasos de la caballería al trote sobre la carretera. No, les dije, escucho cantar el ruiseñor, que no he oído desde

hace diez años. El éxtasis duró hasta que los que me rodeaban me dijeron dos ó tres veces :

— « ¡ General, hé aquí al enemigo ! » Pero si el enemigo mismo no hubiera dicho « ¡ vedme aquí ! » rompiendo el fuego contra nosotros, nunca hubiera hecho volar al nocturno encantador.

Así, cuando despues de haber andado por los peñascos que ocultaban el puerto á todos los ojos que los Indios en su lenguaje expresivo llaman *Nelhero hy*, es decir, agua escondida; cuando despues de haber atravesado el canal que conduce á su bahía tranquila como un lago, ví levantarse la ciudad dominada por el *Pao de Anucar*, inmenso peñasco cónico que sirve de mira mas bien que de fanal al navegante; cuando ví levantarse á mi alrededor esa naturaleza de que África y Asia no han podido darme mas que una débil idea, quedé verdaderamente maravillado del espectáculo que se desarrollaba delante de mí. Entrado en el puerto de Rio Janeiro, mi buena suerte hizo que no tardase en hallar la cosa mas rara que hay en este mundo, un amigo.

Este amigo no tuvo necesidad de buscarle, ni tuvimos que estudiarnos para conocernos; nos abrazamos, nos cambiamos una mirada, y despues de una sonrisa y de un apretón de manos quedamos, Rosseti y yo, hermanos para toda la vida.

Mas tarde tendré ocasion de decir lo que era esta alma escogida, y sin embargo, yo su amigo, su hermano inseparable, despues de tanto tiempo, moriré acaso sin tener la dicha de poner una cruz en el sitio ignorado de la tierra americana donde descansan los huesos de tan generoso y valiente compañero.

Por fin, despues de haber pasado Rossetti y yo algunos meses en la ociosidad, — digo ociosidad el hacer un comercio para el cual ni el uno ni el otro habíamos nacido, — quiso la casualidad que nos pusiéramos en relaciones con Zambecarri, secretario de Benito Gonzales, presidente de la república de Rio Grande, en guerra entonces con el Brasil. Hallábanse ambos prisioneros de guerra en Santa Cruz, fuerte levantado á la derecha del puerto, y de donde llaman con bocinas á los buques. Zambecarri que, dicho sea de paso, era el hijo del famoso aeronauta que se perdió en un viaje á Siria, y que jamás se ha oido hablar mas de él, me hizo trabar conocimientos con el presidente, quien me dió cartas de marca para hacer correrías contra el Brasil.

Posteriormente, Benito Gonzales y Zambecarri se escaparon á nado y llegaron con felicidad á Rio Grande.

VIII.

EL CORSARIO.

Armamos de guerra *el Mazzini*, pequeño buque de unas treinta toneladas, con el cual hacíamos el cabotaje, y nos lanzamos al mar con diez y seis compañeros de aventuras. Estábamos pues libres; navegábamos con bandera republicana, y éramos por fin corsarios!

¡Con diez y seis hombres de tripulación y una barca, declaramos la guerra á un imperio!!!

Saliendo del puerto tomamos el rumbo hácia las islas Maricas, situadas á cinco ó seis millas de la embocadura de la rada, apoyando sobre nuestra izquierda; nuestras armas y municiones estaban escondidas debajo de nuestras carnes acecinadas con el manioque, única comida que usan los negros. Me avancé hácia la mas grande de esas islas, que posee una ensenada donde eché el áncora; salté á tierra y trepé hasta el punto mas elevado.

Allí, extendí los dos brazos con un sentimiento de bienestar y fiereza, y dí un grito semejante al águila cerniéndose en lo mas alto de los aires.

El Océano era mio, y allí tomé posesion de mi imperio.

La ocasion de ejercer mi poder no se hizo esperar.

Mientras que yo estaba como un ave de mar, encaramado en lo alto de mi observatorio, apercibí una goleta navegando con pabellon brasileño.

Di la señal de prepararlo todo para darnos á la vela y bajé corriendo á la playa.

Navegamos derecho á la goleta, la cual no sospechaba que corria semejante peligro á dos ó tres millas de Rio Janeiro.

Al acercarnos nos hicimos conocer intimándola la rendicion, y sin hacer ninguna resistencia, se entregó al punto.

Inmediatamente subimos á bordo y tomamos posesion de ella.

Entonces ví acercarse á mí un diablo de pasajero portugués que llevaba en la mano un cofrecito lleno de diamantes que me ofreció por el rescate de su vida.

Cerré el cofrecito y se lo devolví, diciéndole que su vida no corria ningun peligro, y que por lo tanto podia guardar sus diamantes para mejor ocasion.

Mas no habia un momento que perder; estábamos casi á tiro de las baterías del puerto. Así, trasladamos las armas y los víveres del *Mazzini* á bordo

de la goleta y echamos á pique *el Mazzini* que tuvo tan gloriosa como corta existencia.

La goleta pertenecía á un rico austríaco que vivía en la Isla Grande, situada á la derecha saliendo del puerto, á quince millas de tierra; hallábase cargada de café para Europa.

El buque era doblemente de buena presa, porque pertenecía á un austríaco á quien había yo hecho la guerra en Europa, y á un negociante domiciliado en el Brasil, contra cuyo país hacía yo ahora la guerra en América.

Bauticé la goleta con el nombre de *Scarropilla*, derivativo de *Farrapos* (*gentes de harapos*), nombre que el imperio del Brasil daba á los habitantes de las nuevas repúblicas de la América del Sur, como Felipe II daba el de *mendigos de tierra y mar* á los revoltosos de los Países Bajos. Hasta entonces la goleta se llamó *Luisa*.

Ese nombre nos complacia en extremo. Todos mis compañeros no eran Rossettis, y debo decir que la figura del mayor número de entre ellos no estaba del todo consolada; esto explica la pronta rendición de la goleta y el terror del portugués que me ofrecía sus diamantes.

Además de esto, durante todo el tiempo que hice el oficio de corsario, mi gente tuvo orden de respe-

tar la vida, el honor y la fortuna de los pasajeros... yo iba á decir bajo pena de muerte, empero hubiera hecho mal en decir esto, puesto que no habiendo nadie violado jamás mis órdenes, no tuve nunca que castigar á ninguno de mis subordinados.

Una vez hechos los primeros arreglos á bordo, pusimos la popa sobre Rio de la Plata; y para dar el ejemplo del respeto que yo quería que se tuviese en adelante por la libertad, la vida y los bienes de nuestros prisioneros, cuando llegamos á la altura de la isla de Santa Catalina, un poco encima del cabo de Itapocoroya, hice descender la lancha del buque capturado y embarcar en ella los pasajeros con todo lo que les pertenecía, y además los víveres necesarios y la lancha, dejándoles libres de ir á donde mejor les acomodara.

Cinco negros, esclavos á bordo de la goleta, quedaron voluntariamente conmigo en calidad de marineros; despues de esto, continuamos nuestro camino á Rio de la Plata.

Fuimos á echar el áncora á Maldonato, Estado de la república del Uruguay.

El pueblo y las autoridades nos hicieron un recibimiento admirable que nos pareció de excelente augurio. Rossetti partió en consecuencia á Montevideo, á fin de arreglar nuestros negocios mercan-

5
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

tiles, vender parte del cargamento apresado y hacer dinero.

Permanecimos en Maldonado, ó mejor dicho en la entrada de aquel magnífico río, que mide á su embocadura treinta leguas de largo, ocho días que pasamos en continuas fiestas; pero faltó poco para que no concluyeran de una manera trágica. Oribe, como jefe de la república de Montevideo, no reconocía las demás repúblicas limítrofes, y dió orden al jefe político de Maldonado para que procediera á mi arresto y embargo de mi goleta. Por fortuna, el jefe político de Maldonado era bello sugeto, y en vez de ejecutar la orden recibida, como le hubiera sido fácil el cumplirla, me hizo prevenir secretamente para que me pusiera en salvo y siguiera á mi destino si es que tenia uno.

Yo me comprometí á partir en la misma noche, á pesar de que antes tenia necesidad de arreglar una pequeña cuenta.

Yo había vendido á un negociante de Montevideo algunos sacos de café sacados del cargamento apresado, y alguna bijutería perteneciente á mi austriaco, á fin de comprar víveres. Ya sea que mi comprador fuera mal pagador, ora que hubiera oído hablar de mi proyectada prision, lo cierto es que hasta entonces me había sido imposible sacarle un real.

Mas como me veía obligado á partir la noche misma, era urgente el aprovechar todos los instantes para hacerle pagar antes de salir de Maldonado, visto que seria mas difícil el cobrar estando ausente que ahora que estaba presente.

Por consiguiente á las nueve de la noche, di orden de aparejar; me puse dos pistolas en la cintura, y embozado en mi capa me dirigí rápidamente á casa de mi negociante.

La luna, en aquella noche, rivalizaba con el sol, de suerte que pude divisar de lejos á mi hombre tomando el fresco en la puerta de su casa; él me vió tambien y al instante me hizo seña de alejarme, queriendo indicar con esta seña que yo corria peligro allí.

Hice como quien no ve nada, seguí derecho á él, y sin mas explicacion, le puse una pistola en los pechos:

— Mi dinero, le dije.

Quiso entrar en explicaciones; empero á la tercera vez que le hube repetido estas dos palabras: *mi dinero*, me hizo entrar y me entregó los dos mil pesos que me debía.

Púseme las pistolas en la cintura, y con mi saco debajo del brazo, me volví á la goleta sin que nadie me inquietara en lo mas mínimo.

IX.

LA PLATA.

Al amanecer, con gran sorpresa mia me hallé en medio de los escollos de Piedras Negras.

¿Cómo me metí en semejante situación, yo que no habia dormido un minuto, ni cesado un instante de tener la vista fija en la costa; yo que desde que se ocultó la luna no habia cesado un momento de consultar la brújula y de dirigirme segun sus indicaciones?

Mas, no era entonces la hora de ponerme esta cuestion, el peligro era inmenso: teniamos escollos á babor y á estribor; hallábase el puente enteramente cubierto de espuma. Salté sobre la verga del trinquete, ordené izar á babor, y mientras que el equipaje ejecutaba esta maniobra, se llevó el viento la pequeña gavia.

Sin embargo, desde el punto donde yo estaba dominaba buque y escollos, de manera que podia indicar el camino que la goleta debia seguir; esta, como si tuviera inteligencia y conocimiento del peligro que corria, se hizo tan dócil al timon, como

un caballo lo es á la brida de un diestro jinete: en fin, entre la vida y la muerte, ví palidecer á los viejos marineros y orar aun á los mas incrédulos; empero luego salimos del peligro.

En el momento que pude respirar, quise hacerme cargo de las causas que nos habian llevado á esos terribles escollos indicados en los mapas y tan conocidos por los navegantes.

Consulté la brújula, pero esta continuaba delirando; si la hubiera escuchado, hubiéramos ido á dar de lleno contra las rocas de la costa.

Por fin, comprendí la causa de su locura.

En el momento que dejé la goleta para ir á reclamar mis dos mil patañones al comprador del café, mandé que para estar prontos en caso de ataque, preparasen sobre cubierta los sables y fusiles de toda la tripulacion; en cumplimiento de esta orden reunieron dichas armas dentro de una cabina inmediata á la bitácora.

Esta masa de hierro habia atraído á ella la aguja de marear; así tan luego como se trasladaron á otro lugar las armas, la brújula tomó su direccion normal.

Continuamos nuestro camino y llegamos con felicidad á Jesús María, pueblo situado al otro lado de Montevideo, casi á la misma distancia que Maldonado.

Nada digno de contar nos sucedió allí, si no es que nos faltaron víveres por no haber tenido tiempo de hacer provisiones antes de nuestra partida. Además, según las órdenes recibidas, no podíamos desembarcar; sin embargo era necesario satisfacer el hambre de doce bizarros de buen apetito.

Con este designio, mandé que se bordeara por allí sin alejarnos mucho de la costa.

Una mañana descubrí desde mi observatorio, como á distancia de cuatro millas de la costa, una casa que tenía el aspecto de un cortijo.

Mandé anclar lo mas cerca posible de la playa, y como carecíamos de lancha, porque la dimos, como queda dicho, á las personas que desembarqué en la isla de Santa Catalina, organicé una almadía con una tabla y dos toneles, y armado de un bichero ó percha de atracar me arriesgué sobre esta embarcación de nuevo género, con un solo marinero llamado Mauricio Garibaldi, aunque no era pariente mio.

El buque quedaba entretanto con dos anclas echadas en forma de arco, á causa de la violencia del viento que soplabá de las pampas.

Hednos pues lanzados en medio de los escollos, no navegando, sino dando vueltas y bailando sin querer sobre nuestra almadía y con peligro á cada mo-

mento de sumergirnos en el agua. Por fin, después de milagros de equilibrio que tuvimos que hacer, conseguimos pisar la playa; dejé á Mauricio la misión de guardar el improvisado esquite, y yo me aventuré por el interior de las tierras.

X.

LAS LLANURAS ORIENTALES.

El espectáculo que se ofreció á mi vista y que yo veía por primera vez, necesita para describirlo con exactitud la pluma de un poeta ó el pincel de un artista. Yo veía ondular delante de mí, como las olas de un mar convertido en sólido, los inmensos horizontes de *las llanuras orientales*, llamadas así porque principian en la costa oriental del río Uruguay, y se extienden por el Río de la Plata, abrazando en su inmensidad Buenos Aires y la Colonia. Por cierto, este espectáculo era enteramente nuevo para un hombre del otro lado del Atlántico, y sobre todo para un italiano que ha nacido y vivido en un suelo en donde es raro ver una fanega de tierra sin una casa ó una obra cualquiera de la mano del hombre.

Por el contrario, allí no resplandece mas que la obra de Dios; tal como salió de las manos del Señor en el día de la creación, tal se halla hoy. Es una vasta é inmensa pradera que representa una alfombra interminable de verdura y flores, cuyo aspecto no cambia sino en las orillas del río Arroga, donde

se levantan y balancean al viento los hermosos ramilletes de árboles con un ramaje de la mas vigorosa vegetacion.

Los caballos, los toros, las gacelas, las austruchas, á defecto de criaturas humanas, son los habitantes de estas inmensas soledades, que solo cruza el gaucho, ese centauro del nuevo mundo, como para recordar á todos los animales salvajes que Dios les ha dado un amo y un señor. Empero á ese amo ¿con qué ojo lo miran pasar los caballos padres, y los toros, las austruchas y gacelas? Todos protestan contra su pretendida dominacion; el caballo padre con sus relinchos, el toro con sus bramidos y las austruchas y la gacela con su huida.

Esta deliciosa contemplacion me conducia en espíritu á la tierra que me vió nacer, miserable tierra, que cuando pasa el Austriaco que la oprime, los hombres, esas criaturas hechas á la imágen de Dios, saludan y se encorvan, no atreviéndose á dar las mismas señales de independencia que dan á la vista del gaucho los animales salvajes de las pampas.

Dios todopoderoso, Dios santo, ¿hasta cuándo permitiréis ese menoscabo de vuestra criatura?

Empero dejemos el viejo mundo tan triste y desesperado, y volvamos al nuevo mundo, tan jóven, tan lleno de porvenir y de esperanza.

¡Qué hermoso es el caballo padre de las *llamuras orientales*, con sus jarretes tendidos, sus narices humeando, sus labios temblorosos porque no han sentido jamás el frío contacto del acero! ¡Cómo respiran con libertad bajo los vaivenes de sus crines y colas! Jamás sus flancos han sido oprimidos por nadie ni ensangrentados por espuela alguna! ¡Cuán fiero es cuando con sus relinchos reúne sus manadas de yeguas; cuando como verdadero sultán del desierto, huye con ellas, rápido como el torbellino, de la presencia dominadora del hombre!

¡Oh maravilla de la naturaleza! ¡Oh milagro de la creación! ¡Quién escapaz de expresar la emoción que experimentaba á vuestra vista este corsario de veinte y cinco años, que por la primera vez tendía sus brazos hácia la inmensidad!

Empero, como este corsario estaba á pié, ni el toro ni el caballo padre lo reconocían por un hombre. En los desiertos de la América, el hombre se completa por el caballo, y sin él se convierte en el último de los animales. Desde luego, se pasearon estupefactos á mi vista; despues, despreciando sin duda mi debilidad, se acercaban á mí hasta humedecerme la cara con su aliento. No inquietaros nunca del caballo, animal noble y generoso; pero no fiaros siempre del toro, bestia socarrona y sombría. Las gacelas y las

austruchas hicieron como el caballo y el toro, pero de una manera mas circunspecta; pues hacen su reconocimiento, huyen rápidas como las flechas, y llegadas á la cumbre de un montecillo, se vuelven para ver si se las persigue.

En aquel tiempo, es decir hácia fines de 1834 y el principio de 1835, esta porción del suelo oriental estaba aun virgen de toda guerra; hé ahí porqué se hallaba tan grande cantidad de animales salvajes.

XI.

LA POETISA.

En seguida me dirigí á una *estancia* (1), donde hallé sola á la jóven mujer del *capataz*. Esta no podía vender ni dar un buey sin consentimiento de su marido, y en su virtud era necesario esperar la vuelta de este último. Desde luego, el día llegaba á su último período, y hasta el siguiente era imposible conducirlo al mar.

Hay momentos en la vida cuyo recuerdo se conserva siempre vivo en la memoria, cualesquiera que sean las circunstancias posteriores de nuestra vida; ese recuerdo conserva obstinadamente el lugar que habia ocupado en nuestra alma. — ¡Debia yo hallar en medio de ese desierto, y esposa de un hombre medio salvaje, á una jóven de esmerada educacion, á una poetisa que sabia de memoria Dante, Petrarca y el Taso?

Despues de haber dicho las pocas palabras españolas que yo sabia entonces, fui sorprendido agra-

(1) Nombre de las quintas en la América de Sur.

dablemente al oirla responderme en italiano. En seguida me invitó con mucha gracia á tomar asiento y esperar la vuelta de su marido. Mi graciosa posadera me preguntó en seguida si yo conocia las poesías de Quintana, y á mi respuesta negativa, me hizo regalo de un tomo de dichas poesías, diciéndome que me lo daba á fin de que yo aprendiese el español por amor á ella. Preguntéla entonces si sabia componer versos.

— ¡Cómo, me contestó, quiere usted que no se haga uno poeta á la vista de semejante naturaleza?

Al punto, sin hacerse rogar, me recitó algunas piezas que hallé de un gran sentimiento y de una prodigiosa armonía. Yo hubiera pasado toda la tarde y toda la noche escuchándola, sin pensar en mi pobre Mauricio que me esperaba guardando la almadía; pero vino su marido y puso fin á la conferencia poética de la tarde, para tratar del objeto material de mi visita. Yo le expuse mi peticion, y convinimos que al dia siguiente conduciría un buey á la playa y me lo vendería.

Al amanecer me despedí de mi hermosa poetisa, y me dirigí presuroso en busca de Mauricio; el pobre habia pasado la noche, abrigado como pudo entre sus toneles, muy inquieto por mi tardanza, pues

temia que me hubieran devorado las fieras que son muy comunes en esta parte de la América, y menos inofensivas que los caballos padres y los toros. Al cabo de algunos instantes apareció el capataz arrastrando un buey cogido *al lazo*. En pocos instantes el animal fué muerto, despellejado, cortado en tiras, tanta es la destreza de los hombres del Sur en el cumplimiento de esta obra de sangre.

Ahora era necesario transportar el buey cortado á pedazos, de la playa al buque, es decir á una distancia de mil pasos á lo menos, atravesando los escollos en que se estrellaba un mar furioso.

Mauricio y yo nos pusimos á la obra.

Ya se sabe cómo estaba construido el buque que debía llevarnos á bordo: una tabla con dos toneles atados á cada extremo de ella y una especie de estaca en medio.

A la venida, esta estaca nos sirvió para colgar nuestra ropa; pero á la vuelta debía suspender nuestros víveres y mantenerlos fuera del agua.

Hecho así, empujamos la almadía al agua, y nos lanzamos encima; Mauricio con una vara larga en su mano y yo con mi bichero en la mia, nos pusimos á marchar con agua hasta las rodillas, pues el cargamento era demasiado pesado para nuestra improvisada canoa; mas como la necesidad carece de

ley, contra viento y marea la galera tenia que hender las olas y las venció en efecto.

Nuestra maniobra tenia lugar con entusiastas aplausos del americano y de la tripulacion de la goleta, que hacian votos quizás mas bien por la salvacion de la carne del buey, que por la nuestra propia. La empresa en fin se llevaba á cabo con felicidad; empero llegados á una línea de escollos que era necesario atravesar, nos hallamos por dos veces casi enteramente sumergidos.

La suerte nos favoreció burlándose de las dificultades que se oponian á nuestra marcha.

Quando estábamos mas allá de la doble línea de escollos, en vez de haber pasado el peligro, tomó proporciones mas espantosas.

Como ya no tocábamos el fondo con nuestros bicheros, nos era imposible el dirigir la embarcacion. Además la corriente era mucho mas fuerte; y á medida que entrábamos en el rio, tanto mas nos alejaba de la goleta.

Vi el momento en que íbamos á atravesar el Atlántico sin parar hasta Santa Helena, ó hasta el cabo de Buena Esperanza.

Ya no quedaba otro recurso á nuestros compañeros, que veian alarmados nuestro peligro, que darse á la vela para alcanzarnos: y hé ahí precisamente

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

lo que hicieron. El viento que venia de tierra, hizo que la goleta nos alcanzase y nos adelantase en breve.

Al pasar por nuestro frente, nos echó una cuerda con la cual amarramos la almadía al buque, donde trasbordamos luego los víveres. Mauricio y yo lo hicimos á nuestra vez; en fin, despues fué reintegrada la tabla á su sitio en el comedor, y no tardó á ejercer las funciones de su primer destino.

El trabajo que pasamos para procurarnos los víveres fué compensado con el glorioso apetito con que los devoraban nuestros compañeros.

Algunos dias despues, compré por treinta escudos la lancha de una balandra que hallamos á nuestro paso.

Este dia, permanecemos aun á la vista de la punta de Jesús María.

XII.

EL COMBATE.

Habíamos pasado la noche anclados á seis millas del mediodía de la punta de Jesús María, frente á las Barrancas de San Gregorio; soplabá una pequeña brisa del Norte, cuando vimos por la parte de Montevideo dos barcas que creíamos amigas; pero como no llevaban la seña convenida (un pabellon rojo), juzgué prudente el darnos á la vela, y en el entretanto subir sobre cubierta nuestras armas.

La precaucion, como se va á ver, no fué inútil; la primera barca se avanzaba con tres personas solamente visibles; llegada á algunos pasos de nosotros, el que parecia el jefe levantó la voz y nos intimó la rendicion; al mismo tiempo la cubierta de la barca se cubrió de hombres armados que, sin darnos tiempo de responder á la intimacion, rompieron el fuego. A la vista de este repentino ataque, grité: «A las armas!» y dí el ejemplo tomando un fusil; y como estábamos al paio, sacudiendo á mas y mejor, mandé: — «A los brazos de las velas de adelante!»

Empero, viendo que la goleta no obedecía á las voces de mando con la docilidad acostumbrada, me dirigí hácia el timon y ví que el timonero, uno de mis mejores marineros, murió en la primera descarga.

Se llamaba Florentino, natural de una de nuestras islas. El combate se habia trabado con sumo ardor.

No podia perderse un momento; *la lanciona*, tal es el nombre de esta clase de barcas contra las cuales nos batíamos, se habia amarrado á nuestro jardin de la derecha y subido algunos hombres sobre nuestro filarete; por fortuna unos tiros de fusil, acompañados de sendos sablazos, dieron pronta cuenta de ellos.

Despues de haber ayudado á mi gente á rechazar el abordaje, salté á la escota del trinquete de estribor, donde murió Florentino, y cogí el timon abandonado. Mas en el momento en que apoyaba la mano para dirigirlo, una bala enemiga me atravesó el cuello y caí sin conocimiento sobre el puente.

El resto del combate, que duró una hora, fué sostenido por Luis Carniglia, pilotin, Pascual Lodola, Giovanni Lamberti, Mauricio Garibaldi y dos malteses. Los Italianos se batieron con heroicidad; pero los extranjeros y los cinco negros se escondieron en

la cala del buque. En fin, cansados de nuestra resistencia contando diez hombres fuera de combate, el enemigo escapó, mientras que habiéndose levantado el viento, nuestros hombres continuaron la subida del rio.

Aunque recobré el sentimiento y mis sentidos, quedé completamente inerte é inútil durante el resto del combate.

Confieso que mis primeras sensaciones al abrir los ojos y al volver á la vida, fueron deliciosas. Puedo decir que, estando muerto resucité; ¡ tan profundo y privado de todo resplandor de la existencia fué mi fatal desfallecimiento!

Empero, este sentimiento de bienestar físico que experimenté, se cambió muy luego en tristeza al contemplar la triste situacion en que nos hallábamos.

Mortalmente herido, sin contar con nadie á bordo que tuviese el menor conocimiento en la navegacion, la menor nocion geográfica, me hice traer el mapa y consultándolo con mis ojos cubiertos de un velo que yo creia ser el de la muerte, indiqué con el dedo *Santa Fe* en el rio Paraná.

Ninguno de nosotros habia navegado jamás en el Plata, excepto Mauricio, que habia subido una sola vez el Uruguay. Los marineros amedrentados, -- los

Italianos, debo decirlo, no participaban de estos temores, y si participaban de ellos sabian ocultarlo, — los marineros amedrentados, repito, al considerar mi estado y el cadáver de Florentino, temiendo el ser cogidos y considerados como piratas, desertaron en la primera ocasion favorable que se les presentó. Mientras tanto, en cada barca, en cada canoa, en cada tronco de árbol que surcaba el mar, veian una *lanciona* enemiga en persecucion nuestra.

El cadáver de nuestro desgraciado camarada fué arrojado al agua con las ceremonias que se hacen en semejantes ocasiones, pues que durante algunos dias, no pudimos abordar en parte alguna. Debo decir que ese género de entierro era medianamente de mi gusto, y que tambien yo sentia una repugnancia tanto mas grande, cuanto segun toda probabilidad estaba cerca de ser dominado por ella, como así lo manifesté á mi querido Carniglia.

En medio de esta revelacion, esos versos de Fóscolo me venian particularmente á la imaginacion:

«Una piedra, una piedra que distinga mis huesos de los que la muerte siembra sobre la tierra y en el Océano.»

Mi pobre amigo lloraba prometiéndome no solo que no dejaria que me echaran al agua, sino que cuidaria de abrirme una sepultura y de colocarme

lentamente en ella. ¿Quién sabe si, á pesar de su deseo, hubiera podido cumplir su promesa? Mi cadáver hubiera saciado algun lobo marino ó á algun caiman del inmenso Plata. ¡Yo no hubiera visto mas la Italia, ni vuelto á combatir por ella! ¡por ella, la sola esperanza de mi vida! pero, tampoco la hubiera visto recaer en la vergüenza y en la prostitucion.

Mas ¿quién hubiera dicho entonces á mi querido Luis, que antes de un año lo habia yo de ver, rodando por los escollos, desaparecer en el mar, y que buscaria en vano su cadáver para cumplir la promesa que él me habia hecho, de enterrarle en la tierra extranjera, y de poner una piedra sobre su sepultura para recomendarlo á la piedad de los viajeros? ¡Pobre Luis, tú me prodigaste los cuidados de una madre durante mi larga y cruel enfermedad, cuando no tenia otro consuelo que tu vista y las atenciones que tu corazon de oro tenia para mí!